

SZ. Lección inaugural: la crítica colonial

por Facundo Ruiz

(Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas)

RESUMEN

Si algo caracteriza la obra de crítica de Susana Zanetti (1933-2013) es tanto su discreción como su dispersión perseverantes: apenas un libro, artículos, conferencias y prólogos varios pero desigualmente accesibles, infatigables clases y lecturas escritas en el aire y en la memoria de sus oyentes y alumnos, ideas brillantes y definitivas pero nunca desarrolladas de una vez y para siempre. En este sentido, el sistema crítico de SZ lleva el sello inconfundible de los fundadores de los estudios literarios latinoamericanos, de Henríquez Ureña a Ángel Rama, que es el de una unidad crítica continental de prácticas que la vida y la obra de cada uno (la historia y la literatura que consolidaban) han organizado insularmente. Así, esta ponencia se propone rastrear apenas un archipiélago, el de la crítica colonial, organizando ciertas ideas históricas y conceptos críticos que SZ fue perfeccionando con los años y las lecturas a fin de pensar por qué, después de todo y antes que nada, ese momento literario tan desigual se constituye en su pensamiento como una isla que se repite en el mapa de sus estudios.

SUSANA ZANETTI – CRÍTICA LITERARIA – LITERATURA LATINOAMERICANA – PERÍODO COLONIAL – TEORÍA DE LA LECTURA

¿Cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo? SZ no lo formula exactamente así pero es eso, exactamente eso, lo que la inquieta en julio de 1993 cuando, en Toulouse (Francia), lee la ponencia –en el III Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro– que ha decidido titular “Perfiles del letrado hispanoamericano del siglo XVII”, aunque de eso vaya a ocuparse lateralmente, quiero decir, no al menos como se ocuparía años después (cf. 2008) del perfil de intelectual modernista a través la figura de Rubén Darío. De momento, a principios de los años 90 y apenas un año después de los desaparecidos festejos del quinto centenario de la llegada de Colón a América, el problema es otro: los estudios literarios, especialmente aquellos que se ocupan del período colonial americano, se desplazan sensiblemente hacia un análisis discursivo del corpus “sin poner el acento –señala SZ– en su presunto estatuto literario” (1996: 215). Su interlocutor inmediato parecería ser Rolena Adorno, pues cuatro renglones después de haber comenzado cita y refiere un artículo suyo, publicado en 1988 en la *Revista de crítica literaria latinoamericana* y titulado “Nuevas perspectivas de los estudios coloniales hispanoamericanos”. Sin embargo, a medida que avanza en la lectura, SZ amplía y define el blanco de su ponencia: se trata, quizá, no exclusivamente de la crítica norteamericana sino de algo más basto y menos personal (de momento la *RCLL*, pocos años después el *campus* universitario norteamericano y su política e instituciones culturales)¹ que la incluye a Adorno tanto como a John Beverley y a Mabel Moraña (también citados por SZ), pues todos ellos colaboran con la producción de estas nuevas –discursivas– perspectivas. Quizá haya podido leer, antes de volar a Francia, la respuesta que –en la misma revista y en el primer número correspondiente a 1993– da Neil Larsen al artículo de Adorno y cuyo título “En contra de la des-estetización del ‘Discurso’ colonial” parece afín al espíritu de su ponencia (sólo “parece” pues SZ ha sido clara y ha hablado de un “presunto estatuto literario” del corpus, no de “estética”). En cualquier caso no lo cita y, sacando un artículo de Julio Ortega de 1989, todo lo

¹ Significativamente, en 1999 SZ mantiene y afina sus críticas pero cambia el “motor” de sus reflexiones: ya no se trata de una crítica norteamericana (Rolena Adorno) sino de un crítico argentino radicado en EEUU. Y así dice: “veo sus reflexiones [las de Walter Mignolo] muy ceñidas a los diversos intereses de un campo específico, sobre todo atinente al campo académico –tensiones e intereses– un las universidad de Estados Unidos, y quizás de aquellos centros donde esa literatura que se estudia no se inserta en el ámbito mayor de la sociedad donde cobra una entidad vital.” (2000a: 238-9)

referido en su texto se detiene en el mismo año en el que Adorno publicó su artículo (1988)². Sin duda no sabe, pero quizá ha oído –u olfateado algo– (SZ sabe mucho y dice poco), que ese mismo año –poco después de julio– aparecería el acta fundacional del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos.³

Éste es –*grosso modo*– el clima,⁴ algo así como la escenografía crítica en la cual SZ interviene (desde Francia y en 1993, año en que comienzan a editarse las *Œuvres complètes* de Roland Barthes) y sentencia: “La atención actual a lo discursivo no debería de ningún modo clausurar el interés de la crítica hacia lo estrictamente literario” (1996: 218). No se trata (como en el caso de Larsen) de oponerse o desautorizar esta nueva perspectiva; sino de mantener abierto un interés “estrictamente literario” que –en la descripción que SZ hace a continuación– supone: atender los códigos expresivos, las tradiciones y cánones literarios y sus requerimientos de erudición; pero también: la complejidad de la administración colonial y su interrelación con las funciones, jerarquías y querellas de los letrados, el desarrollo urbano y urbanístico, el vínculo entre vida social y vida cultural, especialmente en lo que hace al surgimiento de cierta conciencia criolla..., todo lo cual impulsa –inmediatamente– a levantar la cabeza del texto y preguntarse qué entiende SZ no sólo por “literario” sino por “estrictamente”: ¿es *estrictamente literario* la administración colonial y la conciencia criolla? Y es entonces cuando ella dice, dejando de lado el título de su ponencia y respondiendo al surgimiento de estas nuevas perspectivas para abordar el período colonial y su literatura, que este “complejo entramado [esto que tal vez indique *lo estrictamente literario*] corre el riesgo de simplificación, insisto, si se lo analiza según pautas correspondientes a nuestro siglo.” (1996: 219) Y surge así esa pregunta que, decía al inicio, inquieta (todas) las lecturas de SZ: ¿cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo?

La obra de SZ tiene la singular característica de haber sido muy dispersa y muy poco citada: es casi tan difícil hallar algunos textos de SZ como sus palabras en aquellos otros que –creemos quienes la hemos leído– no podrían sino citarla, y no lo hacen. Más aún cuando SZ ha intervenido, o mejor dicho: no se ha privado de intervenir, en todo o casi todo lo que ha resultado medular para los estudios literarios y, especialmente, para los latinoamericanos: desde la noción de literatura, de lector y de canon literario, pasando por la relevancia de la edición crítica y la historia de las ideas, hasta el sentido de ciertas obras, géneros o autores, el correcto uso de categorías de análisis (retórico, discursivo, de género, etc.), e incluso la relevancia de la teoría a la hora de pensar sus contextos de enunciación y prácticas disciplinares. Es cierto que estos temas y problemas nunca han aparecido así organizados o deslindados por SZ en sus trabajos; y es cierto que SZ no lo hacía sin darse cuenta. Es cierto también que SZ elegía un tema o título y muchas otras cosas iban apareciendo a medida que avanzaba. Es cierto que citaba con cierto desdén o fascinación lo que, en el momento de escribir, estaba leyendo o releendo o simplemente recordaba haber leído, y muchas veces no quedaba claro si se había tratado de un reconocimiento, de una crítica solapada o es que ella estaba haciendo la historia de sus lecturas mientras escribía, situando tal o cual texto en el relación con ella y con lo que, de momento, la inquietaba. Es cierto que en los escritos SZ, como casi en ningún otro crítico, la bibliografía suele ser bio-bibliografía y, más aún, el estado no de la cuestión que tiene entre manos sino de la cuestión según SZ y según SZ considera que debe ser tenida entre manos. En fin: es cierto que en ningún texto de SZ aparece la pregunta *¿cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo?* Pero encuentro allí no sólo una preocupación continua (y religadora) para SZ sino también, al intentar responderla, su lección inaugural. Quiero decir: la que yo conservo como lección y como inaugural. De modo que me limitaré a reponer aquí esa respuesta a través de algunos de sus textos. Para lo cual, retomo su sentencioso señalamiento

² Cabe notar, por el tema tratado, la ausencia de “Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista” de Roberto González Echevarría (en *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Caracas, Monte Ávila, 1984: 149-166), texto que SZ conocía.

³ Cf. Latin American Subaltern Studies Group, “Founding Statement”, *boundary 2/3* (Autumn, 1993): 110-121.

⁴ “la crítica está siempre situada y datada”, dice existencial SZ (1992: 924), hablando de (y coincidiendo con) Ángel Rama.

(“La atención actual a lo discursivo no debería de ningún modo clausurar el interés de la crítica hacia lo estrictamente literario”), que aunque dicho en 1993 hoy podría –sin riesgo– tener esta forma: la atención actual a la literatura universal o a la república de las letras no debería de ningún modo clausurar el interés de la crítica hacia lo estrictamente literario; y parto del problema por ella formulado: lo estrictamente literario es un “complejo entramado [que] corre el riesgo de simplificación (...) si se lo analiza según pautas correspondientes a nuestro siglo.” Pero, una vez más: ¿cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo?

En primer lugar, encuentro en esta pregunta una respuesta posible a qué entiende SZ por “literario”, e incluso, por “estrictamente literario”. Y más aun tratándose –como en aquel texto de 1993– de obras del período colonial, textos cuyo “presunto estatuto literario” (como SZ ha dicho) implica redoblar el esfuerzo y concentrar la atención, sobre todo cuando –y el Ureña de las *Corrientes literarias* ha sido en esto maestro insoslayable (cf. 2000a: 237)– quizá pueda hablarse allí-y-entonces de cierto “origen” de y para la literatura latinoamericana. El problema en cualquier caso –se trate de las nuevas perspectivas o del origen de la literatura latinoamericana– es la simplificación; y ese “riesgo de simplificación” está –piensa SZ– íntimamente vinculado a “las pautas correspondientes a nuestro siglo”, pues la simplificación así concebida supone la contemporaneidad acrítica de todos los tiempos. Vale decir: leer en nuestro siglo textos de otros siglos privilegiando las pautas de nuestro siglo simplifica, aplana, desproblematiza, no sólo dichas obras sino la historia misma, y la historia de los textos, de quienes los escribieron, de quienes los leyeron y de cómo, cuándo y por qué los leyeron de tal y cual manera (cf. 1987, 1996 y 2000a). Como si el problema, y el riesgo, fuera leer siempre el mismo siglo (el propio), aun cuando las obras sean de otros (siglos). Y si esta idea –nítidamente crítica– tiene una clara raíz en los estudios de Pedro Henríquez Ureña, quien la formula o desarrolla mejor –para SZ– es Ángel Rama (como si dijéramos: el tronco y las ramas de la literatura latinoamericana según SZ); pues fue Rama –a cuya perspectiva crítica SZ, apenas un año antes (en 1992), dedica un detenido estudio– quien afirmó en 1982 que, si bien “el crítico no construye las obras, sí construye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente” (1992: 920)⁵. Y justamente es eso lo que entiende SZ por “literatura”, e incluso, por “estrictamente literario”. Y de allí –entonces– SZ deduce, extiende y completa esa idea y esa tradición crítica latinoamericana con otra idea nítidamente literaria, amén de crítica: si leemos en nuestro siglo obras de otros siglos con las pautas de nuestro siglo, estamos leyendo una sola literatura, siempre la misma; o peor aún: estamos leyendo apenas literatura, pero no obras. Ese es el riesgo –advierte– de leer privilegiando las pautas de nuestro siglo: simplificar, tipificar, identificando obras con literatura, y literatura con nuestras pautas; a fin de cuentas, ¿qué será de nosotros, lectores, sin obras? Si el lector hace la literatura (como decía Rama), el riesgo –agrega SZ– estriba en suponer que la literatura hace –ella sola– a los lectores. Pues no, piensa SZ: allí están las obras; y también su “presunto estatuto literario”.

El tema, por supuesto, no es nuevo en sus reflexiones: SZ ha consagrado no sólo buena parte de sus publicaciones sino voraces bloques de su vida (como profesora, conferencista, editora, polemista y crítica)⁶ a pensar y articular ese “presunto estatuto literario” de las obras latinoamericanas, esa fragilidad o labilidad incandescente que se torna especialmente sensible en los textos y lecturas que hacen y deshacen el período colonial (sus obras y sus literaturas, sus autores y sus lectores). Ya en 1987, en un número de la revista *Filología* dedicado a “la(s) historia(s) de la literatura”, SZ llamaba la atención sobre cierta “dimensión universal” (175) que había comenzado a adquirir la literatura latinoamericana; dimensión que –decía– “ha diseñado un imaginario peculiar sobre ella” pues no sólo “se nos atribuye de manera general a los americanos” (es decir, *simplificada* o *acríticamente*: sin atender a sus países, regiones, culturas o lenguas) sino que –una vez más– sus “perspectivas de lectura y valoración (...), con

⁵ La cita está tomada de *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980* y aparecerá nuevamente en (exactamente la misma y al inicio de) “¿Un canon necesario? Acerca del canon literario latinoamericano” (cf. 2000a: 227-8), evidenciando su importancia en las reflexiones de SZ.

⁶ Vida que, así descrita, se asemeja o acerca significativamente a la de Rama, según la misma SZ (1992: 920).

frecuencia, no coinciden con los intereses y con las cuestiones presentes en la lectura y la crítica producidas en nuestro continente.” (1987: 176). Pero aquí tampoco SZ parece oponerse ni busca desautorizar dichas perspectivas; señala en cambio dos fenómenos contemporáneos: un cierto consenso (*universal*) “para esa denominación de literatura latinoamericana”, que inmediatamente liga “al aumento de centros de estudio de la disciplina en Estados Unidos, Europa y aun España, hasta hace poco bastante remisa en auspiciarlos” (1987: 176); y una falta de coincidencia, cierto desfase que –comenta poco después– “desde el punto de vista de nuestra historia literaria conviene sobre todo insertarlo[s] según su incidencia de lectura” (1987: 180). Pues es esta *incidencia de lectura* la que –según SZ– explica y regula aquel *presunto* carácter literario de nuestras obras y, sobre todo, la que exhibe ya no las pautas con que leemos en nuestro siglo sino las condiciones bajo las cuales dichas pautas pueden ser percibidas y ciertas obras pueden alcanzar un sentido ya no literario sino *en* la literatura latinoamericana. Y así, cuando leemos *Nueva corónica y buen gobierno* de Guamán Poma de Ayala, perder de vista que fue escrito en 1615 es tan absurdo como olvidar que fue publicado en 1936 y que –agrega SZ– “en realidad su lectura se vuelve más accesible en estos últimos años con las ediciones facsimilares (...) y con selecciones populares de la obra.” (1987: 184) Es decir que, cuando nos acercamos a *Nueva corónica*, el carácter literario de la escritura de 1615 es tan presunto como la denominación literatura latinoamericana en la que inscribimos dicha obra para leerla en 1936 o en 1987 o en 2015. Y lo relevante de esto –piensa SZ– no es, simplemente, que su horizonte de lectura sea muy diferente al de su escritura, pues otro tanto podría decirse de la poesía de Martí y de la de Nezahualcóyotl –a las que se accedió, y leyó *como* literatura latinoamericana, casi al mismo tiempo que comenzaba a circular la de César Vallejo– sino que, todo esto (todas estas obras, todos estos autores, todos estos lectores) exponen una condición *sine qua non* de la producción americana; condición que –tan asombrosa como memorablemente– SZ llama “una simultaneidad impensable” (1987: 189). La falta de coincidencia de perspectivas, intereses y obras en el terreno de la (consensuada denominación) literatura latinoamericana no sólo evidencia cuestiones críticas medulares (¿cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo?) sino que resalta aún más cierta impensabilidad del objeto histórico y literario que –no obstante– es el nuestro, vale decir: no sólo el que nos expresa (aquel *corpus orgánico* de Ureña y Rama) sino el que nos permite percibir nuestra desorganización (nuestro *corpus inorgánico*)⁷, que es –piensa SZ– una desorganización original e inevitable en toda obra, pues es efecto de la lectura, donde se halla –no el maravilloso mundo de nuestro real– sino “la originalidad de la literatura latinoamericana [que] es la recepción asincrónica, mezclada –de algún modo ecléctica–, de obras, autores, movimientos y corrientes estéticas, de las literaturas europea y norteamericana.” (1987: 188) Y es aquí donde la alumna deja al maestro y hace escuela: Ureña –pensando nuestra literatura o su historia– prefería alternar momentos de organización y desorganización, pues –después de todo– se trataba de corrientes (alternas); Rama –en sus últimos años– había organizado demasiado férreamente el constructo letrado de la literatura, pues él mismo había dicho que –antes que nada– siempre había poetas, que fugaban y destazaban las líneas versales y cívicas; y SZ, lectora (de lo) impensable, señala que –mientras todo esto es cierto– nadie ni nada detiene a los lectores, esa plaga plebeya y presumida que no devasta campos (ni *campus*) sino que los multiplica y superpone hasta lo impensable; porque hasta lo impensable de esa simultaneidad es –tarde o temprano– legible. Pues queda dicho: los lectores sin obras no son pensables; y sin ellos la literatura es impensable.

Por todo esto, vale decir, ya no sólo por razones críticas sino históricas, SZ vuelve incansable al período colonial y a sus obras, a sus literaturas disímiles e incomparables figuras, que sin embargo se combinan en esa impensable simultaneidad de la literatura latinoamericana: el Inca Garcilaso de la Vega y sor Juana Inés de la Cruz, cardinales, eternos, inconfundibles;

⁷ En este sentido, es notable que –en el pensamiento de SZ–, si bien no pierde relevancia el tema de la formación de una conciencia o identidad americana/nacional (*i.e.* el criollo, los mestizajes, las transculturaciones), es justamente éste uno de los índices de inorganicidad –antes que la clave, la meta o el límite– de los procesos culturales, lingüísticos o literarios del *corpus* de América Latina. Esto, una vez más, reordena o coloca bajo sospecha (bajo el signo de “presuntos”) ciertos rasgos, problemas y núcleos de la crítica literaria latinoamericana.

pero también Bernal Díaz del Castillo y Florián Paucke, Carlos de Sigüenza y Góngora y Guamán Poma, Espinosa Medrano y Carrió de Lavandera, entre otros –no infinitos– de imperecedera o rara, ubicua y discontinua incidencia en el *organon* de nuestra expresión. Y sin embargo, no vuelve porque encuentre en el período colonial aquello que origina o brinda originalidad a nuestra literatura, que –piensa SZ– tan asincrónica como nuestra manera de leerla o de acceder a ella, apenas si puede proponer un origen siempre “presunto” (como el carácter de lo que describe o denomina), un origen siempre amenazado por la voracidad de los lectores, por los hallazgos de los investigadores, por la tenacidad de los editores y la ambición de las instituciones, por la capacidad inventiva y reconstructiva de los críticos, la aventura desigual pero absorbente de sus escritores y la felicidad tan enfática como accidentada de profesores y divulgadores diversos; en fin, un origen siempre amenazado por esa “inteligencia americana” tan inorgánica y sin embargo siempre reorganizando sus redes y tensiones. En cualquier caso SZ vuelve, y nos remite obstinada, generosa y seriamente, a las obras y autores del período colonial. ¿Por qué lo hace? Las respuestas varían, y si bien no cabría descartar ni el gusto real de lector por dichas obras (es decir: las virtudes reales de esa literatura) ni “la dimensión religadora que signa sus proyectos” (dice SZ de Rama, pero bien la pinta)⁸, por momentos esos retornos hacen pensar que SZ es a la literatura latinoamericana lo que Billy Pilgrim, el protagonista de *Slaughterhouse 5* (1969) de Kurt Vonnegut, a los viajes en el tiempo: una “asincronía crónica”, alguien que pivotea entre la lucidez incisiva de una literariedad presunta y la tozudez histórica de lo repetidamente impensable. Muestra de esto quizá se halle en el barroco: no en sor Juana ni en Sigüenza, sino en el barroco, en ese constructo inventado para reunir lo que, junto, parece impensable; pues también el barroco es y ha sido –no sólo en la literatura latinoamericana sino en América Latina misma– un fenómeno notablemente asincrónico que –como se sabe– ha llegado a red denominar –con supersticiosa prudencia– cada una de sus reapariciones o resurrecciones (neobarroco, etc. etc.). Pues este fenómeno singular ha movido esa seria y casi temible sonrisa de SZ, quien sin desacreditarlo, ha descartado de inmediato “las peregrinas postulaciones de una esencia barroca de América Latina” (1996: 218) para –en cambio– atender muy finamente las peregrinas ideas de Lezama Lima pues, asincrónica como es, encuentra en *La expresión americana* (no sólo un lector voraz, minucioso y sistemático como ella,⁹ sino) ese no sometimiento a linealidades y cronologías, o corrientes estéticas, que permite “ahondar lazos articuladores de un legado vivo” (1996: 218), que es exactamente lo que SZ entiende no tanto por estrictamente americano como por estrictamente crítico en términos americanos. Por eso en 1999 (cf. 2000a), antes de que cierre el siglo (el suyo: ese desde el que lee) y antes de abrir el siguiente en 2002 con su único libro (el nuestro: desde donde la leemos leer)¹⁰, SZ vuelve al problema del canon, que –a su entender– no es otra cosa que una manera sistemática (y vanguardista, cf. 1992: 921) de pensar y articular las asincronías de la literatura latinoamericana¹¹.

⁸ Cf. 1992: 926. *La religación*, que SZ presenta como eje crítico de la obra-y-vida de Rama y que también lo es –sin duda– de sus propios emprendimientos y reflexiones (cf. 1994), se opone –fundamentalmente– a “una historia literaria estructurada sobre la base de rupturas” (1992: 932), como la que proponía Octavio Paz.

⁹ Y como Rama, según la misma SZ: “un lector voraz y a la vez tempranamente inclinado a la sistematización” (1992: 919). Y así, en 1999, SZ termina de componer su “red genealógica” (1992: 926) o *su linaje*, que es el del “ademán totalizador” (1992: 922): desde “la figura germinal de Pedro Henríquez Ureña” hasta “la palabra del poeta” José Lezama Lima (2000a: 228), pasando por el “crítico civil” y “transculturador” Ángel Rama (1992: 927).

¹⁰ Es cierto que, estrictamente hablando, no fue *La dorada garra de la lectura* el “único” libro escrito por SZ, pues en 2004 se publicó *Leer en América Latina* que, compilado por Mónica Marinone, reúne artículos anteriores. Pero, mientras éste último es –como SZ dice (1992: 922) de ciertos libros de Rama– un “libro-ferrocarril” (reunión de textos previos), aquel otro se acerca más al “libro-submarino” (el que no sólo es “de una pieza” sino que lleva un enorme trayecto recorrido, y expectativas a cuestas, cuando finalmente sale a superficie).

¹¹ Y también, esta vuelta al canon es una manera de responder y continuar con “el mandato de Alfonso Reyes”, enunciado en 1932 y en Río de Janeiro (SZ 1992: 927): contribuir a la intercomunicación, al flujo de diálogos, en nuestro continente y establecer cierto orden, con parámetros correctos, en las expresiones literarias de sus distintas áreas. Mandato que, una vez más, tenía como antecedente las *obra* de Ureña,

Ahondar lazos articuladores de un legado vivo, construirlos *como* literatura latinoamericana a través de sus obras, cuyo *presunto* carácter literario es justamente lo que mantiene vivo *eso* legado (de otro modo sería pura simultaneidad impensable), es a la crítica – dice inaugural SZ– lo que la perspectiva a la pintura: principio de su modernidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Zanetti, Susana (1987). “La lectura en la literatura latinoamericana”. *Filología*, 2: 175-189.
- Zanetti, Susana (1994 [1992¹²]). “Volviendo a *Primero sueño*”. Silvia Tieffemberg (ed.), *Actas del coloquio internacional “Letras coloniales hispanoamericanas: Literatura y cultura en el mundo colonial hispanoamericano”*, Buenos Aires, Asociación Amigos de la Literatura Latinoamericana: 153-162.
- Zanetti, Susana (1992). “Ángel Rama y la construcción de la literatura latinoamericana”. *Revista Iberoamericana*, 160-161 (Julio-Diciembre): 919-932.
- Zanetti, Susana (1996 [1993¹³]). “Perfiles del letrado hispanoamericano del siglo XVII”. *Studia Áurea. Actas del III Congreso de la AISO*, I, Toulouse-Pamplona: 215-222.
- Zanetti, Susana (1994). “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”. Ana Pizarro (org.), *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura*, São Paulo, Memorial: UNICAMP, Vol. 2 (Emancipação do Discurso): 489-534.
- Zanetti, Susana (1995). “Estudio preliminar”. *Sor Juana Inés de la Cruz, Primero sueño y otros textos*, Buenos Aires, Losada, 7-63.
- Zanetti, Susana (2000a [1999¹⁴]). “¿Un canon necesario? Acerca del canon literario latinoamericano”. *Voz y escritura*, 10: 227-241.
- Zanetti, Susana (2000b). “El letrado y la plebe: *Alboroto y motín de México de 1692* de Carlos de Sigüenza y Góngora”. Melchora Romanos (coord.); Florencia Calvo y Melchora Romanos (eds.), *Lecturas críticas de textos hispánicos: estudios de literatura española Siglo de Oro*, Vol.2, Buenos Aires, Eudeba-Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” (UBA): 389-396.
- Zanetti, Susana (2002). *La dorada garra de la lectura*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Zanetti, Susana (2008). “El modernismo y el intelectual como artista: Rubén Darío”. Carlos Altamirado (dir.) y Jorge Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz: 521-543.
- Zanetti, Susana (2009). “Óyeme con los ojos”. Noé Jitrik (comp.), *Revelaciones imperfectas*, Buenos Aires, NJ Editor, 397-407.
- Zanetti, Susana (2013). “Las *Memorias* de Florián Paucke: Una crónica singular de las misiones jesuitas del Gran Chaco argentino”. *América sin nombre*, 18: 178-189.

puntualmente: la correspondencia con Reyes, y sobre todo una carta del 23 de agosto de 1930 (2000a: 237).

¹² Ponencia leída en Córdoba (Argentina) en el *Coloquio...*, en septiembre de 1992.

¹³ Ponencia leída en Toulouse (Francia) en el *III Congreso...*, en julio de 1993.

¹⁴ Conferencia dictada en la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela), en noviembre de 1999.